

Ancho río de aguas vengativas
tus piernas abriéndose a la luna
para quemar el nudo del mercurio,
y el ojo oculto en galerías
de ciego aprendizaje.

De la raíz al tallo de la duda,
del cuchillo de niebla al mango del insulto,
del pedernal al grito desollado,
del grito al fuego de la riña,
y del alcohol amanecido al llanto
y del ay a los árboles del grito.

Cantan los gallos turbios en braseros
el follaje del sueño en las pupilas;
la rabia de los tigres en acecho,
el colibrí del pulso,
el círculo de espejos repetidos,
el surtidor de islas giratorias,
la selva que las piedras iluminan
en brazaletes de diamantes vivos;
hemorragia voraz de las hormigas,
anaconda trepando por el muro
de la respiración borrosa de los niños.

Sueño para soñar la sed en el desierto
como un tizón de idiomas resentidos;
pez de la tarde en las enredaderas,
agua sin fin cayendo en alcancías,
memoria del estanque enardecido
por el carajo verde y amarillo.

En aquel mestizaje del instinto
se nos fugó la túnica del día,
quedó la claridad de los caminos:
arqueado el lomo, la cintura curva,
y vuelta (en un incesto laborioso)
y vuelta hacia sí misma.

II

Para esta primavera,
pienso esperar el tacto
desnudo de palabras,
bajo la sombra de la piel
ardida como perfecta alhaja;
tu cuerpo de bandera militante,
tus brazos como flechas disparadas
en el hondo vacío del espacio,
tu vientre en que ha zarpado
el hijo poderoso de los barcos,
el paraíso de las maldiciones:
¿tiene un nombre latino la manzana
o cómo se llama el arrecife oscuro
que se quedó varado en la primera
claridad de los ángeles sin alas?

El músculo primero de la rosa
nace de mi costado verdadero:
la vibración del rayo que desgarrar
con su mano de alambres chamuscados
la túnica del viento;
el armisticio de las estaciones
y el corazón arrojadizo en llamas
que se dispara y llega,

que emigra y que jadea:
durazno de alas dulces y remotas,
ceniza del incendio en honda clara,
cisterna de las luces ambarinas,
dura constelación de sangre rota
o equinoccio de oro en las miradas.

III

Pirámide del sueño,
volcán inverso y trunco,
cubilete de dados
para arrojar al cielo
la primera palabra del martirio;
con el torso desnudo
bañado por la música
del agua primitiva,
voy a permanecer oyendo
labrar las esmeraldas de la risa;
húmedo de caricias transparentes,
mojado en pieles nuevas
por la lengua del llanto.
Ardiendo estoy a fuego lento
en la escultura ecuestre de la llama,
cardando el sol con lanzaderas
de jóvenes abetos y de pinos,
destrenzando las olas en la rueca
del camino eficaz, que a los navíos
sirve de enloquecido faro y laberinto.

Cíclope de la luz,
afilando lucero en las piedras
ha de llegar la aurora:

látigo de coral, flexión del salto,
con su epidermis de paloma fría
a tocarme las puntas de la cara.

PLIEGO DE MORTAJA

El hombre, el Hombre es lo que importa
León Felipe

MI MUERTE,
la única estrella pura que se quedó en el tintero.
No hay más que polvo podrido y agua seca
en este antiguo silencio;
un corazón desgastado que se amarra la cabeza
con su pañuelo de hierbas,
y en la boca, uno que otro diente suelto
por donde se escapa el aire chimuelo de mi esqueleto.
¡Pero no lo toque nadie, cuadrilla de militares
y de barberos!
Porque yo quiero morir (abrid las orejas a mis deseos)
sin latines y sin rezos,
morir como muere un hombre,
de muerte humana y sin miedo,
amarrado humanamente en el costal de mis huesos;
sin otro cielo que el cielo que me vio nacer en tierra,
sin más tierra que la tierra que se ha de llevar el viento;
acostado sobre el polvo filial de mis filamentos,
con la pluma de mis versos y mis canciones de ciego.
Quiero sentir el reposo (el absoluto reposo)
del planeta dando vueltas,

las patas de los caballos corriendo por lo que fui,
o por lo que no fuí y apenas
estaré siendo en la espiga molida por largas muelas
¡harina de mis palabras para el pan de la molienda!
Que cavén sobre mi pecho los insectos su alta arena,
quiero ver salir del caño
reseco de mis arterias,
un ejército de hormigas tocadas con gorro frigio
cantando la Marsellesa.

Juglar,
poeta,
niño enfermo,
quebrado fémur,
(insultos y bofetadas
no me dejaron
un diente
bueno).

Todo es lo mismo en la muerte:
una especie de sangre que se nos mete
de los labios hacia adentro,
de la camisa a los poros
y del corazón afuera.

Mi muerte,
la única estrella pura que se quedó en el tintero.

TRANSFORMACIONES DE LA PIEDRA

EN UN PRINCIPIO fue la piedra
y el hondero la puso en movimiento.

No el hondero,
la mano del hondero,
o, tal vez,
la honda del hondero...

Piedra:
toba riolítica,
canto rodado
o volcánica espuma;
base,
sustrato,
fundamento;
vocación de tropiezo.

Oda
primaria
de
la
Naturaleza.

Silencio concentrado,
gota de lava endurecida,
lluvia estelar,
patria de los insectos,
estrella removida,
isla del cielo,
almendra de los pozos concéntricos.

Vaso de sangre,
piedra de sacrificios:
pirámide de esfuerzos.

Comunión mineral
la piedra fue, en su inicio,
mandíbula del grano,
mesa de los caminos,
pan de hambrientos,
silla fundamental del esqueleto;
capitular del sueño,
señal de los sepulcros,
parábola del viento.

La piedra, piedra proletaria,
la elemental,
desnuda,
mirándose
a
sí
misma
en el ojo de lumbre del espejo.

Aristocracia de la tierra,
la piedra fue, preciosa,
codicia de los dedos avaros;
génesis de la luz,
concupiscencia del destello;
piedra de sol —colgando—
en la lujuria lobular de la oreja;

mar tallado
en rupestres oleajes de oro fino;
cielo crucificado
en azules jardines de zafiros;
carbónico viñedo,
alhaja sanguinosa del instinto.

Estatua
trabajada
de
equilibrio:
sobre tu perfección colérica
se fundó el cristianismo;
pie de iglesia,
en los hombros redondos de tu idea
una mitra papal descansa
y se levanta
el silogismo teologal
de las plegarias:
piedra catedralicia
con Dios en las entrañas.

Corazón desbastado
por cinceles artísticos
que hieren tu epicentro;
potencia encadenada
por la mano efusiva:
esquina de la cárcel,
peldaño de la torre,
moldura de la alhóndiga,

columna del palacio,
perfil de las audiencias.

Puño cerrado,
obtusa sinrazón de la violencia
para el golpe en la frente,
para el partido labio,
para la prostituta bíblica,
para el pómulo en ruinas.

Explosión de la ira acumulada,
levadura,
fermento;
humillación de los tiranos,
subsuelo en rebeldía,
arma del pueblo;
balanza de la cólera
en la casa del pobre;
temor de escaparates y balcones;
en la corona de los reyes,
infalible argumento.

Un día, el hombre elemental y puro
incendió las campanas de la torre
con los nudillos ciegos de su cólera,
y se inició en la rueda
el material de las transformaciones;
la piedra no fue más la mineral estrofa
de la tierra estrujada por dedos de canallas;
de su fecundo huevo nació la piedra viva
y en la encía luminosa la raíz de un milagro.

AREOPAGÍTICA DEL AIRE

Beyond the visible diurnal Sphere
John Milton

¿ME CREES, aire,
lo que te digo,
que yo no tengo
domicilio?

Pájaro transparente, hermano,
transportador de pólenes amorosos,
yo no tengo ni domicilio legal
ni domicilio conocido
ni desconocido
ni lugar permanente
de residencia
ni nada
que
se
le
parezca,
y no es por falta
de ganas...

Hay casas de los sustos
donde parece que das vueltas
en el universo de un dado de tela
y en realidad sólo te meces
sobre tus propias posaderas;
casas de los espejos
donde caminos falsos
se abren y se cierran,

nerviosamente,
como bolsos de mujer,
y siempre regresas
sobre tus propios pasos
por el sendero que no es
con el frentazo de la experiencia;
y hasta casa de los monstruos
con sus esquinas generadoras de fantasmas;
lo que pasa con las casas,
aire chismoso que vives
de acarrear murmullos,
es que deben llenarse
de familia,
de muebles
y de bibliotecas,
y yo,
mi querido hombre invisible,
impúdica momia de cristal
sin vendas,
no tengo ni familia,
ni muebles
ni biblioteca.
ni pipa
ni pantuflas
ni bata
ni chimenea.

¡Espera,
aire!,
no pienses que soy
un pobre diablo
que no cursó su Dante;

soy diplomado
en purgatorios florentinos
y he presentado,
a título de suficiencia,
algo de infiernos.

Tengo empapelada de mariposas
la cabeza
y cuando me acuesto o me levanto
capitalizo,
a falta de otra cosa, ideas.

Espera,
John Milton
de la Naturaleza,
aire ciego
picado por viruelas
de lluvia,
regresa
de tu ensimismamiento,
absorto en la contemplación
de la *lejana*
diurna visible
esfera.

Déjame recorrer contigo
el privado hemisferio de la maceta.
Poeta-caracol, llevando en las espaldas
el infinito domicilio calcáreo,
el manuscrito perdido de la teoría musical,
el vestido de piedra — ¡oh Bonnacase! —
de la familia inexistente, mientras pende

sobre mi cabeza de largas antenas,
radar para las vibraciones de la hierba,
la espada de sal que agitará un día, aire,
la mano de Damócles que organiza las cosas
en el Gran Salero del Universo.

IMÁGENES PARA EL SACRIFICIO

I
DONCELLA, SOL en el agua,
el día tiene urgencias de cuchillos de obsidiana.

Piedra de luz, en el templo se levantan
las humaredas de sangre.

Pectoral del sacrificio
encollarado de ámbar. El volcán lleva penacho
de rojas flechas de lava, lo mismo que si corona
de águilas incendiadas.

En lo alto del teocalli juegan jóvenes desnudos.

El alcohol es un flamazo sobre la boca del alba.

Herbario de los sentidos: el azul se fuma en verdes
el sol de la mariguana.

Los colores cantan, cantan ...

II
La piel se quema en el aire.
El alto muro de lanzas

arde en la guerra florida: el héroe y la calavera
disputan corazones de pizarra.

Un árbol emprende el vuelo
mientras pájaros de jade
agitan, desesperados, el follaje de sus alas.

Sueñan sueños arqueológicos iguanas petrificadas
y en espuma de tezontle graban su perfil las hachas.

En los ojos de los tigres amanecieron
inmóviles los venados.

MAÑANA, AMOR

MAÑANA, AMOR, cuando amanezca
el verde material de tus pupilas
desvelado de espanto,
y en el páramo simple de las manos
la primera palabra estrangulada;
cuando brille sobre el ojo funesto
la cruz de alcohol exacto,
cuando no siembren gallos
por recoger auroras,
cuando el árbol: madera,
cuando la tierra: hallazgo;
ven y baja tú sola
a desclavar raíces
y a beberte la esponja
de vinagre
de mis sedientos pájaros.

AMOR POR MI SOMBRERO

ES QUE AMAR el sombrero es un amar la piel,
la sien, la calavera, el hueso:
el vaso de los sueños,
el guante de la frente,
el zapato del pelo,
la funda de la idea.
El sombrero es la aureola de los santos humanos,
el resplandor civil de los que llevan
un techo protector para las penas.
Llevar sombrero (ya lo habréis notado)
es un casi llevar la casa puesta.
Se saluda con él,
con él se rueda la rueda de los nervios;
la humanidad se mete en su tejado
con igual actitud que a una trinchera;
tiene un algo de ceja protectora
y un no se qué de mano marinera.
Cuando el viento furioso monda (como la muerte)
la flor de los sombreros, yo estoy amando
(con un amor de pobre) la caricia de fieltro
con que asombro,
al desnudo frontal de mi cabeza.

SEVILLANO DE ACUARIO

SEVILLANO de Acuario,
poeta de doliente
arquitectura;
monje musical
de Veruela

que llevas en la diestra
la esbelta copa
del verso castellano;
traslúcido fantasma
de interiores castillos,
indefinible esencia
que sobrenadas
el vacío
del doliente planeta;
yo canto
tus treinta y cuatro
puñales de martirio
clavados en la seda
de un corazón mirífico,
y de tu pecho arranco
la crujiente raíz
de la mandrágora
para beber
— a tragos —
el cáliz venenoso
de tu imperial nostalgia.

CRISTAL QUEMÁNDOSE

VOY A ENTRAR en tu alma
como se ingresa en una alcoba
amanecida de campanas.

Como una flecha de fósforo,
roja de humedad:
barco que llega al puerto

mojado en llamas,
chorreando agua de incendio.

Voy a pegar en todas las esquinas de tu cuerpo
para que te duela la música
y salgas de tus huesos
dando gritos de humo hasta mis huesos,
como cristal quemándose.

Voy a arrancar las puertas
para que le nazcan velas a este sueño
y se vaya a correr mundo
—descalzo—,
viajero fuera de uso
con su equipaje de ilusiones ópticas
y su sonrisa
de fogueada tristeza en porcelana.

¿Qué no te ha dicho nadie
que la luz es estrella de hostería
de reposar el sueño?
¡No importa!

Voy a entrar en tu alma:
(hay que prenderle fugo a las ventanas),
como piano de cola,
a paso de bandera desplegada,
como una paloma y un martillo,
como una hoz y una guirnalda,
como una rama de nervios auxiliares,
como pulmón naciendo árbol,
como farol
de hacer crecer amor en las palabras.

ALEGRÍA ILESA

CÓMO NO AMAR la doble cúpula dormida
de tus pechos pequeños:
dos esferas azules de recoger el llanto,
cántaros para mi sed de labio líquidos;
palomas polares
desafiando la dureza del aire,
sueños de mármol que cruzan
entre mares metálicos.

Tú, alegría ilesa
frente a la madre
de los júbilos agrios,
y frente al padre
que sale de los hospitales
con su voz de humo helado.

Tú, la esposa del poeta,
refugio último
para el hijo de brazos,
para el niño sin brazos,
para el obrero de los brazos volados.

Diario del mar, presencia.
Aire sólido: estrella claveteada
para el hombre que está solo y de pie
con su guitarra sin venas
y el pañuelo anudado a las quijadas.

Por ti la luz
donde la cárcel de las tinieblas: yodo;
por ti las biblias

en las aldeas marítimas:
pan de paz y pescado.

Se habían llenado de herrumbre los transportes
y de sangre las casas,
y las ventanas de sangre,
y los pisos de sangre,
y el agua al sol, de sangre,
y tú les diste leche
para blanquear las lunas,
porque tenían de cebolla los dientes
y lloraban palabras;
leche para las sales negras,
para las amapolas agonizantes,
para los sanatorios del olvido,
para los barcos de acumular distancia,
para los pájaros de acumular espacio.

Que todos te pregunten de dónde viene el aire,
para que los lleves a la choza llena de gritos
donde yace la arteria desgarrada,
el ciego sin puntos cardinales,
el dolor sin orillas,
la Cruz del Sur sin dientes y con hambre.

Hay muchos que se tapan la cara
para no ver la rosa abierta en la garganta.

Tú, la esposa del poeta,
fija en la tierra santa,
tienes las ajorcas del polvo
brillando en los tobillos,
raíz recién anclada.

LA DAMA DE ORO

¿Quién eres... vieja dama de oro, junto al aire?

Cintio Vitier

LA DAMA de oro
se movía lentamente
por su dificultad preciosa.
Un iris globular
de lentejuelas
alhajaba su cuerpo
chorreador de negrura inflamable:
las algas
se adherían a las columnas
de ámbar
de sus piernas
y miríadas de moluscos
fosfóricos
chupaban la redondez del seno.
Quité los restos
del naufragio
por cerciorarme
si era toda de oro
aún en los puntos más vulnerables...
Tenía los pezones de oro,
el ombligo y el sexo
pero el pesado
corazón era aldaba de plomo.
A lo lejos el mar
resultaba pequeño
para hacer un buche de agua.

EL TIRANUELO CRIOLLO

I

SOBRE EL asfalto,
media luna de sangre
oreada por el viento.
Con los pies por delante, descalzo,
en la camilla de lona
rumbo a la fosa común.

II

En el palacio de la selva,
el tiranuelo criollo,
envuelta en seda la carne funeral
despedía vaharadas de corrupción.

III

Un can latía largamente en la sombra...
las estrellas, multitud luminosa y macilenta,
se arrebujaban en un rincón del cielo.
A los muertos les crecían, obstinadamente,
las uñas y las barbas.

TAMOANCHAN

FLUYE LA torturada música
de las primeras mariposas de obsidiana
y el desnudo dueño de la noche
se está mirando en el espejo negro;
en las esquinas del cielo
la sombra de los pájaros
es agua espiritual en la madera cóncava.

El Canto de las Siete-Serpientes
perdura en el atabal de oro
y la sangre humea en el pebetero del viento;
tarde sin el vino dulce de las turquesas,
cántaro de manos múltiples
para saciar la sed,
muslo pintado con la flor amarilla,
delgada residencia de la niebla.

Pudiendo nacer en cualquier parte
he preferido nacer aquí,
donde el silencio es cólera gris
que aúlla sus cuchillos
en la escoba del viento;
la nube cargada de profecías
señala el tiempo de las cosechas interiores.

La difícil, asustada palabra,
fluye en las puntas maduras
de los clavos del sol,
y las sonajas de agua
visten la piel del héroe,
que lleva su blusa de colibríes
a la mansión donde se arremolinan
los presagios.

El corazón se hace lenguas
deshilachado en gritos,
y a ritmos apretados de mazorca
se vuelve — como el Divino Árbol —
a lo más verde y genital de nuestra herencia,
cuando el hombre madura
una de tantas primaveras.